

RELACION
DE LOS HIJOS
DE LA
FORTUNA
TEAGENES, Y CLARIQUEA
DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN,
GALAN.

MIS tragedias, mis ansias, mis historias,
mis desdichas, mis penas, y mis glorias,
de Termutis el cuento,

el fin de Tysbe, tragico, y sangriento,
en otras muchas cosas,
que nos acontecieron generosas,
desde que en busca de los dos saliste,
hasta que al bravo Tiamis venciste,
ya lo sabrás, pues tienes à tu lado
quien por mayor te las havrà contado.
Y así para no ser en nada desto;
ni loco, ni prolixo, ni molesto
con tigo, con los otros, y conmigo,
aqui lo dexo, y lo demás prosigo.
Luego, pues, que la noche
à su rapido coche,



Univ. Granada
19
49(5)

el manto de humo, que quizás tenía
 arrebejado por temor del día,
 desplegabá por todo el mar profundo,
 dexado à obscuras la mi. ad del mundo,
 nos embarcamos, sin llevar camino
 fixo en nuestro destino,
 ni saber á que puerto
 nos conducía aqu el baxel incierto;
 que quien huye temiendole à su ruyna,
 solo camina à huir quando camina.
 Y al cabo yá de un mes, como una tarde,
 nuestra vista cobarde
 descubriessé una Isleta,
 que por sola, por verde, por escueta,
 y por cerca la planta espuma fria,
 lunar en rostro blanco parecia;
 ignorantes pensando,
 que ibamos de fortuna mejorando
 sin recelo, ni pena,
 tierra tomamos en la Selva amena:
 y apenas por su margen discurrimos,
 quando cercados (que dolor!) nos vimos
 de unos fieros Gigantes,
 tan altos, tan sobervios, y arrogantes,
 que á crecer con los pinos apostaban,
 y la apuesta, midiendo, les ganaban.
 Y en una verde choza
 (que con fresnos, y juncos se reboza:
 porque del Sol los candidos carbuncos
 no penetran sus fresnos, y sus juncos)
 nos metieron con otros diez captivos,
 que mas muertos, que vivos
 nos dixeron, que aquellos fieros hombres
 (por si acaso ignotabamos sus nombres)
 eran los Loto phagos:
 que despues de otros barbaros estragos
 carne humana comian;
 y que para comernos nos traian
 presos alli: con cuya triste nueva,
 desde la obscura cueva,
 con suspiros, y afectos reiterados,
 del cuello las armellas, y candados,
 que el rigor puesto havia,
 descerraxar mi corazon queria:
 y mas viendo à mi esposa, que mirando,
 que el plazo de mi vida iba llegando,
 aun no pestañeaba vigilante,

por no dexar de verme aquel instante,
 por la ante puerta de azabache, y nieve
 puerta de luz quando sus cielos mueve.
 Y quando al verme con afecto tanto,
 se duplicaba el llanto,
 à sus ojos lagrymas salian,
 y las pestañas no le sacudian.
 porque no se cerraban,
 y en ellas embebidas se quedaban :
 y luego se quedaban en saliendo,
 y la iba el dolor endureciendo;
 y así sin violentarlas, ni cogerlas,
 del ebano colgaban hechas perlas,
 que de lexos miradas
 parecian dos blancas arracadas
 de aljofares compuesto,
 que las niñas de adentro le havian puesto.
 Así los dos estabamo sintiendo,
 quando llegaron con confuso estruendo
 seis de aquellos atroces
 Polyphemos, diciendo à grandes voces,
 que à cenar se venian con nosotros:
 y arrojando los unos, y los otros
 seis fresnos, que por baculos traian,
 en donde sobstentian
 seis torres de medulas, y de venas,
 sobre las espadañas, y berbenas,
 dexandose caer, como Phaetones,
 en la mitad quedaron los seis montee.
 Y en sentandose todos, entrò uno,
 emulo del gran hijo de Neptuno,
 y à los presos llegandose furioso,
 ò por mas infeliz, ó por mas hermoso,
 echó la mano à un joven, y à un peñasco,
 apretandole el puño por el casco
 en su dureza impresos,
 con los cabellos le arrancò los sessos.
 Y arrebatando el cuerpo en un instante,
 sirviendole los dedos de trichante,
 le dividiò las piernas, y los brazos,
 arrojando los trozos à pedazos
 sobre la vil, y lotophaga mesa,
 para que asiesse cada qual su preña:
 por señas, si que tan caliente estaba,
 que dentro de la boca palpitaba:
 y el golpe ardiente huia:
 cuya caliente sangre los caia

al apretar las manos rigorosas,
por las barbas espesas, y cerdosas.
Despidieronse todos en cenando,
de la carne arrojando
los huesos en los barbaros manteles :
ataronnos las manos, con cordeles,
dexaron unas teas encendidas,
fueronse à recoger à sus guaridas,
pusieron à la puerta un risco entero,
quedóse un Lotophago por portero,
hizo del heno una mullida trama,
durmióse, vió yo, llegué à la cama,
y atrevido, valiente, amante, y ciego
puse las manos sobre el mismo fuego;
hasta que à vueltas de la cama herida
vino à humear la foga retorcida :
ayudè con los dientes lo restante,
cayó à mis pies el cañamo flamante,
desaté à los demàs, llegué à la boca
de la cueva sangrienta, que una roca
tenia por mordaza,
pusele el hombro, conseguí la traza,
rompimos la prision, al mar huimos,
la lancha apercebimos,
passamos con secreto
toplo felice un aire, y en efecto
desamarrando la ligera Nave
(que fue la mitad pez, la mitad ave)
las velas dimos à la selva fria,
y libres nos hallamos con el dia.
Y con esto pensamos, que la suerte,
templara el rigor fuerte,
con que hasta entonces nos havia tratado.
Mas no sucedió assi, que el Cielo ayrado
para la ves postrera
reservó la desdicha mas severa.
Es, pues, el caso, que este mar undoso
se suele elar, por ser muy rigoroso
el frio, que sus pielagos condensa,
con general ofensa,
de aquestos tristes que con èl batallan,
y en sus paramos liquidos en callan.
Bien à mi costa supe este accidente;
pues vi una tarde, que el crystal corriente
se iba en tumeciendo,
agua al principio siendo,
al fin liga jugosa,

luego mala, despues elada losa,
vidrio de alli à un instante,
y al cabo piedra, marmol, y diamante;
pareciendo su espejo detenido
planta sin pies, carambano dormido,
quaxado natarón, disunta espuma,
fodo de nieve, y matizada pluma;
en cuyos alabastros empedrada,
y de aljofares candidos mirada,
sobre el torpe elemento
clamò la Nave, sin saltar el viento.
Bien estuvimos mas de veinte Auroras
esperando por horas,
que Apolo desleyera,
la superficie de la blanda cera,
que fue zurciendo el yelo.
Mas viendo pocas señas en el Cielo
de defemmarañar la riza estambres
y viendo que la hambre
llegaba horrible y fea,
hasta roer las jarcias, y la brea,
el mar dexamos todos, y mi esposa
me fue siguiendo, como al Sol la rosa,
tendiendo al ayre las doradas crines,
y jazminez pisando sus jazmines.
Assi anduvimos mas de quatro dias,
hasta que ayer por diligencias mias
esta hermosa Provincia descubrimos,
donde salimos, y à los Dioses dimos,
gracias de havernos hasta alli librado.
Y estando (ay, tiiste!) sobre el verde prado
qual tiernos Ruyseñores,
mi esposa, y yo diciendonos amores
à la cenefa de una clara fuente,
encontré con los tuyos de repente:
vieronme, conocieronme, llegaron,
conmigo, se abrazaron,
à mi esposa prendieron,
y de esta suerte atados nos traxeron.
hasta esta gran Ciudad, de Chipre copia,
que el Reyno há usurpado de Ethiopia.
Donde à tus pies postrado, amante, y ciego
te suplico, y te ruego
me hieras, me castigues, me maltrates,
me atropelles, me injuries, y me mates,
por reo, por traydor, por fugitivo,
por loco, por sobervio, por altivo,

como



como perdones luego a Clariquea
que como mire yo, como yo vea
sin peligro su vida,
la fiereza rendida,
depueslo el noble brio,
sus pies bafiando con el llanto mio,
y dellos abrazandome amoroso,
esperarè la muerte muy gozoso,
que no extraña la muerte un desdichado,
que sabe, que es perder lo que hà adorado.

F I N.

Impresso en Cordoba: En el Colegio de nuestra Señora
de la ASSUMPCION.

